

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Hño 1

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.

Madrid, 31 de Enero de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.

Núm. 5.

Este periódico se publica todos los domingos, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.

CRÓNICA

A lo que parece, interesa mucho á las gentes políticas averiguar ahora, con todo apresuramiento, si el partido fusionista tiene programa económico ó no lo tiene. Yo, aunque nadie me pregunta cuántos años tengo, ni me da vela en este funeral, tomo cartas en el asunto para decir que el partido fusionista si tendrá programa económico; ¿pues no ha de tenerlo? Y aun puede que tenga tres ó cuatro; de eso tienen siempre á manta de Dios todos los partidos, sólo que luego no los cumplen; y eso hará también el partido fusionista..., como ya se ha verificado en temporadas anteriores.

Por falta de programas no lloraba ciertamente el partido conservador, que hoy está vigente, y bien se echa de ver que ahora no da mucho gusto al respetable público.

En los últimos siete días todo han sido contradicciones y desavíos para el Ministerio, considerándole ya individual, ya colectivamente.

Contra el Ministro de Ultramar, por ejemplo, se levanta *La Correspondencia Militar* publicando artículos como los titulados *La Mano Negra y Militares, á defenderse*, y lanzando por esas calles de Madrid número extraordinario (1); contra el Ministro de la Gobernación claman los vecinos pacíficos porque no ha sabido evitar los acontecimientos de Jerez, ni consigue tranquilizar ahora á los alarmados habitantes de la provincia de Cádiz; del Ministro de la Guerra murmuran los que le hallan demasiado flexible á las exigencias de su compañero de Ultramar, y poco duro para reprimir desmanes de anarquistas; del Ministro de Hacienda y de su obra magna *la reforma arancelaria*, han dicho cuanto puede decirse el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid y los oradores que hicieron uso de la palabra en la reunión (ó *meeting*, como decimos ahora, á la inglesa, no se por qué, ni para qué), celebrada hace pocos días; al Ministro de Gracia y Justicia censuranle agriamente los que entienden que debía averiguar, ya que tiene medios para averiguarlo, lo que sucede en algún convento de Barcelona, en el cual se han suicidado ya dos educandas; para el Ministro de Estado no dejan de enviar maldiciones los exportadores de vinos y los bolsistas de Barcelona; y hasta contra el Presidente del Consejo de Ministros lanzan la grave acusación de republicano los que afirman que el no realizar economías es dar armas á los enemigos de las instituciones; pues bien: con ser todo esto así, como efectivamente lo es, de lo cual certifico;—y puede creerme el lector, pues no soy capaz de decir una cosa por otra;—con ser esto así, repito, aún no hay crisis; de que la había se ha hablado también durante la semana; dijese que saldría El duayen, pero luego se desmintió el rumor, y ahí estamos por ahora, y ahí estaremos hasta que el rumor vuelva á reproducirse, con motivo de los sucesos de Bilbao.

Confieso paladinamente mi ignorancia; no he sabido hasta hace muy poco tiempo que existiera un Sr. Stambuloff; yo sabía que algunos poetas llaman *Stambul* á Constantinopla; pero de Stambuloff no he sabido una palabra, ni media, hasta que lo han herido; es decir, hasta que se ha herido él; porque parece, según noticias de última hora, que al buen señor se le disparó un revólver dentro del bolsillo del pantalón, aunque muchos desde un principio aseveran que había tirado contra él un asesino; y lo más extraño del caso fué que Stambuloff mismo lo creyó así, y se lanzó del trineo en persecución del cri-

minal imaginario. Mi ignorancia sobre este punto es más censurable, porque no se trata de algún *burgués* de tres al cuarto, sino de un *Presidente del Consejo de Ministros*, que eso es nada menos el Sr. Stambuloff. ¡Y pensar que habrá muchos millones de personas á quienes pasará lo que á mí, que no habrían tenido noticia de que existía en el mundo ese sujeto si no se hubiese herido! Por de pronto, bien será decir que la herida no fué de consideración, y que el Ministro se hallaba, hace ya tres ó cuatro días, fuera de cuidado. Lo celebro de todas veras, que una cosa es que yo no conozca al Sr. Stambuloff, y otra cosa que me interese por su salud, que es la de un prójimo; digo, si no hay desacato contra la autoridad en llamar prójimo á un Ministro de aquellas tierras. Por cierto que, desde ellas han llegado hasta mí rumores de que el suceso no ha sido casual, sino un verdadero atentado contra el ministro y de que Stambuloff ha fallecido; espero y deseo que se desmientan estos rumores.

Tampoco fué cosa de cuidado lo del rompimiento de las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos de América y Chile; dice el vulgo, y dice muy bien, que todo tiene arreglo en el mundo, aunque sea como se arregló lo de Caparrota, que lo ahorcaron; las diferencias entre esos dos Estados del otro mundo, han tenido el arreglo que no podían menos de tener: Chile se ha sometido á las condiciones que Mr. Harrison le ha impuesto.

Y pues de América he hablado, y para la España y América escribo, paréceme justo, además de serme agradable, enviar desde aquí, y para poner acabamiento á estas líneas, mi sincero parabién al poeta Sr. Zorrilla San Martín, digno representante en Madrid de la República federal del Uruguay, por el merecido cuanto envidiable triunfo que alcanzó, pocas noches há, en el Ateneo pronunciando un hermoso discurso sobre el *Descubrimiento y conquista del Río de la Plata*.

El Sr. Zorrilla San Martín, que es orador brillantísimo, es también insigne poeta. Su poema *Tabaré*, del cual tuve la honra de hablar en otra publicación (1) hace ya algún tiempo, merece la excelente acogida que la crítica y la opinión le dispensaron en Francia y en España.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

EL ARPA DE PIEDRA

(Conclusión.)

Era una hermosa mañana de primavera, y también en aquella ventana de la casita pobre se mostraba el lujo de hojas y de flores, y en la cara de la moza había frescura y color; la muchacha llamó mi atención, principalmente por el brillo de sus grandes ojos: desde luego me revelaba que servían á un alma muy jovial, muy bulliciosa, muy volandera; cesó la niña en su cántico al verme, y en el arpa de piedra fueron también apagándose los plácidos pájaros se marchaban de allí á esparcirse en el espacio ó á caer sobre los fructuosos campos, á devorar insectos y á picotear en los huertos y los panes; el sol entraba con gran fuerza ardentísimo y esplendoroso. Me atreví á dirigirme á aquella mocita, á la cual yo tenía por el hada del arpa de piedra. Era una pobre, hija de unos artesanos; yo no sé cómo sentí audacia para acometer la impertinencia de dirigirme á hablarla.

Me quitó el chaco y dije no sin cierto temor: —¿Me hace Ud. el favor de permitir que suba y me asome á esa ventana, para tomar desde allí una vista del Acueducto?

Al principio frunció con cierto recelo el entrecejo; pero por esa delicadeza muy propia del sentimentalismo exquisito de las mujeres, se avergonzó de su desconfianza, y luego, entre ruborizada y confusa, desapareció, mas poco tiempo, para tornar después á la ventana y decirme:

—Madre me ha dicho que si Ud. desea hacer alguna vista puede subir;—y al decirme esto se le puso el rostro como la grana.

Y subí armado de lápiz y de cartera, y más aún de prevenciones para ver presto y bien el interior de aquella casita linda y pulcra, y de contemplar de cerca á la muchacha.

No se me ha despintado de la memoria, y hallo que, al decirlo así, empleo el más sencillo y propio modo de expresar la fijeza con que ha quedado en mí el recuerdo.

Hallé que era aún muy niña; sonreía con una cortesía tan amable como ingenua; ¡vaya, y era hermosa! su pelo, un pelo negro y rizado; las facciones bastante lindas, y en toda ella una ligereza, una juventud, un color de rosa, una ternura.... ¡Oh! sí, bella, muy bella era la pobre Teresa.

¡Dios mío! ¡Cómo me vais á motejar de inocente por la poca malicia de este mi escrito! mas ¿por qué he de inventar, si me dió la realidad tan sólo esto que os refiero? Yo sigo creyendo que lo que Sterne tomó por digno del arte, eso conmueve á todos á pesar de lo simplicísimo de la manera que valga para expresarlo.

Yo nada deseaba más que aquello; verme allí, en la casita de Teresa, llevando conmigo aquella novedad que ofrece todo el que es ó aparece como artista, ante los que suelen ilusionarse mirando á los artistas como á seres extraordinarios....

Teresa miraba el trazado hecho en el papel al tomar por modelo el Acueducto, el cual aparecía á mis ojos y desde aquella ventanita con mayor realce y grandeza.

Fuí entonces imprudente, y por ello supe algo muy saludable para mí; era el Sr. Millán, padre de Teresa, hombre ya viejo y debilitado que ganaba un jornal por servir en el trabajo de una huerta próxima á la casa; y, en fin, comprendí ese encanto que resulta de conocer la resignación de los pobres, y sentí ese apenamiento que suele afligir el ánimo cuando se piensa en la terrible amenaza que aflige al proletario, la posibilidad en que se ve de que puedan privarle de los medios de trabajo para ganarse el pan.

Teresa miraba con verdadero encanto mi uniforme de alférez alumno de artillería; en cambio su madre, que á mi deseo de subir á la casa había cedido tan sólo por la medrosa sumisión que el pueblo nos tributaba, no podía ocultar la anciana su recelosa desconfianza.

La madre de Teresa se hallaba enferma, andaba con gran dificultad, y quejumbrosa y triste; así fué que cuando se me ocurrió preguntar cómo y por quién me sería posible subir al Acueducto, me contestó que el guarda me abriría la puerta que daba la entrada, pero me dijo que ella no me podía guiar hasta la casa del referido empleado.

—Pero qué, ¿no ha subido Ud. nunca?—añadió mirándome con ojos inquietos por la maliciosa desconfianza.

—No, señora,—repliqué con tal seguridad y entereza, que no era fácil que nadie pudiese poner en duda mi respuesta.

Así y por esto casi puede asegurarse que comenzaron nuestros amores, los de Teresa y los míos; triste es decirlo, amores por seducción, ó mejor sea dicho, por alucinación de la pobre muchacha, para la cual era, como suele serlo para todas las segovianas, un atractivo irresistible el uniforme de los artilleros.

Subimos á la casa del guarda, Teresa llamó y al fin presentóse el encargado y éste me condujo al sitio deseado; ni los años que hubieron de durar los estudios preparatorios, ni en todos los que llevaba pasados en la carrera, se me había ocurrido subir á lo alto del Acueducto.

Al fin me veía en él, comprendiendo entonces verdaderamente la elevación de aquel monumento, desde el cual aparecían como de juguete las casitas de los dos barrios de la Hondonada, San Millán y Santa Enalla, los bellos contornos de la Sierra y todos los detalles complejos que conforman la ciudad, que se alzaba sobre un mar de follaje como una antigua galería de pintores castillos; y tal es la confusa mezcla de colores, campanarios, torrecillas y trozos de lienzos

(1) Que, por cierto, ha sido denunciado; lo cual deplore.

(1) *La España Moderna*.



FOTOGRAFÍA DIRECTA POR D. FERNANDO DEBAS

D. LUIS DABÁN RAMÍREZ DE ARELLANO

TENIENTE GENERAL DEL EJÉRCITO Y DIRECTOR ACTUALMENTE DE LA GUARDIA CIVIL

† en Madrid el día 22 del actual.

almenado, restos de la antigua muralla, de casas y palacios, que no parecía sino que, como visión de cuadros disolventes al sucederse una en otra dos perspectivas, se cree estar viendo los edificios y las torres de una ciudad cuando empiezan a dibujarse los contornos de otra bien distinta; allí resaltaban partes muy diferentes entre sí, descollando y desvaneciéndose en el mismo plano como por ilusión de espejismo ó efectos de linterna mágica.

Teresa se sintió animada de una intensa alegría, y entonces recordó que desde muy niña había corrido por aquella altura resistiendo el vértigo....

Yo la miré, encendido el pecho en imperiosos deseos, y yo allí, aspirando aquella atmósfera purísima, contemplando uno de los más bellos paisajes que pueden ofrecerse á la vista del viajero.... lo confieso, comencé inconscientemente mi astuta seducción con todo el apicamiento de estudiante soldado.

Allí, sobre aquel monumento heroico que poblado de pajarillos cantores, aquella mañana me había parecido gigantesco y armónico, una inmensa arpa de piedra.

II

Tuve el propósito de referiros, punto por punto, cuanto ocurrió en aquellos amores entre un loco y una inocente, entre un caballero y una plebeya.... ¿Para qué?...

Tres años después, siendo ya oficial de artillería, volvía á la vieja ciudad de los pelaires y de los monederos; era época de invierno, los árboles desnudos bordaban sobre el cielo gris extraños dibujos de rayados con sus escuetos ramajes; la Sierra se hallaba como el valle y la ciudad cubierta de nieve; no se veían por las calles más que pobres y ateridos mendigos; el día iba obscureciéndose y todo el paisaje aparecía melancólico y abrumador; el Acueducto, nevado también, canoso como un viejo, mostraba sus piedras más negras y toscas y ni una avecilla que revolase por los arcos, ni un pío, ni un gorjeo; silbaba el viento, aquella mole tenía ese color grisáceo y negro huero de los esqueletos, y vuelvo á decir que el viento silbaba y producía un ruido lúgubre....

Se habían roto las cuerdas del arpa de piedra; tampoco en la casita existía la alegre muchacha que yo había conocido y amado. ¡Creedme, me tiré de las guías del bigote y me sentí como amagado de lloro, tenía vergüenza; tal vez mi amada estuviese entre las mendigas que, temblando de frío, se apoyaban á los pilares del Acueducto; tal vez se hallara como miserable mercenaria en alguna gran ciudad!.... El remordimiento me afligía profundamente.

¡Oh, tú, memorable obra de la grandeza romana! ¿Cuánto ha pasado por tí desde las uniformadas y brillantes legiones del pueblo conquistador hasta las salvajes tribus de la invasión, las cabalgatas castellanas y los moros de la zambra y la dulzaina; al pie de tus cuadrilongos pilares ha hecho sus tratos el mercader judío, y por tus arcos silbó el huracán revolucionario de las Comunidades de Castilla; cuántos recuerdos, cuánto misterio hay en tí!

Pues bien; para mí siempre aparecerá terrible como una acusación, triste como un arpa de cuerdas rotas; siempre recordaré mi dicha y mi pena, y por esas caprichosas é inexplicables analogías de la imaginación, haré extrañas asociaciones de ideas, y siempre se ofrecerá en mí el contraste que se ofrece entre aquella mañana de primavera, en la cual te ví poblado de pájaros parladores, notas que de tí escapaban, vuelvo á repetirlo, como de las cuerdas de un arpa gigantesca, y escuché la voz de una mujer, con el que después me ofreciste al verte despoblado y terrible.... También en mi corazón hay, como en tí, grandes misterios; hoy, que me parece de piedra, vive y arde el recuerdo de mi amor primero y la pena profunda de un crimen del sentimiento.

Tal es lo que yo tengo que pensar y sentir ante el grandioso Acueducto.

JOSÉ ZAHONERO.

NUESTROS PERIODISTAS

(JOAQUÍN ARIMÓN)

¿Cómo y cuándo le conocí? ¡Vaya Ud. á recordarlo! Pero lo más probable es que la escena tuviese lugar en la calle, ó en la tramvía, ó tal vez en alguna tertulia, y se desarrollase del modo siguiente:

—¿Ustedes no se conocen?—me diría Moya á otro amigo cualquiera, dirigiéndose á otro ciudadano y á mí.

—No tengo el honor...—respondería yo haciendo una inclinación de cabeza.

—No tengo el gusto...—diría al mismo tiempo el otro.

—¿Cómo! Siendo paisanos, ¿no se conocían ustedes?... Este caballero es D. Joaquín Arimón, portorriqueño, redactor de *El Liberal*.

—¿Está Ud. bien?—diría yo alargando los cinco dedos al presentado.

Y luego tal vez hablaríamos del estado de la

temperatura, ó de la crisis ministerial, ó del último crimen famoso, rozando muy á lo insustancial esos temas en que la humana frivolidad suele hallar expresión, y que no sirven siquiera para sacar en limpio si somos peces ó ranas. En ayunas de esto y en mutua ignorancia de nuestras dotes respectivas, nos separamos entonces, y él, indudablemente, á juzgar por no sé qué barruntos, debió de incluirme en la lista que todos formamos de las personas que nos cargan sin saber por qué.

Y por de contado que en la misma lista, en la mía, que por cierto abarca un centenar de pliegos, puse yo al nuevo paisano que por estas latitudes me había salido; porque—la verdad sea dicha, y ahora que él no me escucha—no pudo serme más antipático el tal Arimón.

**

Vaya Ud. á fiarse de las primeras impresiones... ¿Quién no ha tenido que rectificarlas después? Aquel individuo, cuyo rostro helado y cuya sarcástica sonrisa nos excitaba los nervios, nos viene á resultar al fin y á la postre una persona excelente y merecedora de nuestro cariño. Aquel otro, á quien de buena gana, á dejarnos guiar del primer impulso, hubiésemos roto la crisma de un estacazo, corriendo los años y acercándonos más á él, llega á ser nuestro amigo más afectuoso. De donde deduzco que no es discreto odiar de muerte á los hombres porque lleven las patillas muy estiradas ó porque nos hablen ahuecando la voz. Quién sabe si el mismo Fabié, que es más repulsivo que una langosta, visto con gorro de dormir, en el momento de subir á la cama, nos parecería simpático y sandunguero.

Y no digo nada de los *prejuicios* que forma uno tratando de comprender por el estilo del escritor el carácter del hombre. Para el vulgo, un escritor satírico ha de ser forzosamente una mala persona. No es posible que tenga buenas entrañas un individuo que se burla de todo; que pone á medio mundo en ridículo, y que se pasa la existencia haciendo chistes á costa de los demás. El que así discurre, conoce un día por casualidad á Mariano de Cavia, el chico más bueno que hay bajo el sol, y le ve cenar en el café de Lisboa. ¡Qué asombro! ¡Mariano, el ferroz satírico, comiendo arroz con leche en vez de carne humana!

Pero aunque no se cultive la sátira, aunque haga Ud. la vista gorda ante las flaquezas humanas, si escribe Ud. con cierta amenidad y con algún desenfado, sin subirse á la tripode ni citar á Cicerón y Lombroso, ya hay que renunciar á ser hombre serio. Nadie se figura á Sánchez Pérez, mi respetable amigo, con cara triste y reposado aspecto. La imaginación del vulgo le ve mejor en la Alhambra bailando habaneras, ó gallardeándose como un pollo á la puerta de las Calatravas.

Y sin embargo, hay quien cree que el estilo es el hombre.

**

Joaquín Arimón, á quien conoce todo Madrid, no es lo que se figura la gente. Es precisamente todo lo contrario.

Al verle tan serio y tan entonado, le juzgáis orgulloso... ¿no es eso? ¡Qué tontería! Es un hombre modesto, sin vanidad de ninguna clase, que escribe tan solo para asegurarse el puchero, indiferente al aplauso y á la censura.

Aunque escribe y da su fallo—siempre autorizado y discreto—sobre dramas y óperas, no blasona de crítico. Porque crítico, en la verdadera acepción del vocablo, no hay aquí más que uno, que es Menéndez Pelayo. La misión del periodista moderno, ó más bien *fin de siglo*—que eso y no otra cosa es Joaquín Arimón—se reduce á narrar, á *reflejar* la opinión del público, describiendo *lo que se ha visto*, y dando á lo sumo algún juicio ligero....

Ni siquiera va á los ensayos como Bofill. Llega tarde y corriendo al teatro, después de concluido el acto primero, y suele leer *La Correspondencia* y *El Heraldo*, y conversar con Moya mientras declama Vico ó frasea Baldelli.

Así y todo, acierta cuando se pone á escribir. Y acierta, sobre todo, porque es imparcial, porque puede serlo, porque como no escribe dramas ni óperas, no ha menester adular á las empresas, ni dar gato por liebre al público.

Acierta, además, porque tiene mucha ilustración y mucho talento.

No lo digo yo solamente; dicenlo también la colección de *El Globo* por el año de 1878, y la de *El Liberal* en los últimos tiempos.

**

A juzgarle por la apariencia física, dijérase que es hombre de corazón frío, incapaz de sentir hondo y poco propenso á emocionarse....

Una noche en que se estrenaba cierta obra lírica española, le encontré en el Real. La función había terminado, y yo iba presuroso á buscar noticias, á tiempo que Arimón salía del teatro.

—¿Qué tal la obra?—le pregunté.

—¡Calle usted, hombre!—me dijo.—La ópera es horrible, detestable, y el autor es amigo mío. ¿Qué hago yo ahora? Si Ud., á quien tanto aprecio, *escribiese una ópera*, y yo tuviese la obligación de hacer la crítica....

—Se guardaría Ud. muy bien de pegarme... Me daría Ud. un bombo.

—Un bombo, no; pero antes que darle á usted un palo, me metería en la cama ó me escaparía de Madrid.

**

Un día me hablaba con emoción intensa de la impresión que había sentido al desembarcar en Puerto Rico, su patria, después de veinte años de ausencia. La República—á la que siempre ha tenido devoción sincera—le dió un empleo en la gran Antilla. El vapor que á Cuba le conducía, se detuvo algunas horas en Puerto Rico. Allí nació, y de allí había salido Arimón cuando apenas tenía diez años.

—Ud. no sabe—me decía—*lo que se siente*. Cuando ví la tierra, el corazón se me quería salir del pecho... Al desembarcar, se me saltaron las lágrimas... Si no hubiera temido ponerme en ridículo, hubiese besado la tierra... Casi me volví loco... Había en el muelle y á la entrada de la marina algunas vendedoras de frutas del país... Me llené los bolsillos de *híacos* y *mul-tas*....

Y sin embargo—pensaba yo al escuchar esto—á los hijos de Puerto Rico, tan explotados por los cuneros, no se les ha ocurrido jamás hacer diputado á este hombre.

ANTONIO CORTÓN.

¡INSOMNIO!

Me he propuesto olvidarla, y soy tan firme, que habré de conseguir mi duro acuerdo; hoy la querré no más hasta dormirme; después de haber dormido, ¡ni el recuerdo! La voluntad me dijo: «Sin clemencia la has de olvidar;» ¡y haré lo que le plugo! ¡Esta noche se cumple la sentencia; mis párpados actúan de verdugo!

.....
¡Han pasado una hora y otra hora!
¡Pronto al insomnio vencerá el olvido!

.....
¡Ya ha nacido otra vez la blanca aurora!
¡Esta noche pasada no he dormido!

EDUARDO VILLEGAS.

EL HOMBRE NEGRO

Cuando todo duerme, lo mismo el pájaro en el nido de hojas secas que la elegante dama en colchones de plumas; cuando el movimiento febril de la ciudad se paraliza y cesa el bullicioso ir y venir de las gentes y los tranvías y carruajes se retiran de la vía pública, hay un ser que empieza la vida de la actividad y el trabajo; ser de aspecto raro, que, envuelto en negro capotón y con un farolillo á la cintura, podría tomarse por un girón de nube negra desprendido del seno de la noche y en cuyo centro brillase una estrella.

Visto de lejos, no tiene forma humana ni fisonomía propia. Es una esfinge de aspecto lúgubre que se agita, anda, va de un lado para otro, se acerca á las puertas de las casas, ó se para en mitad del arroyo.

La noche, esa impenetrable página de la naturaleza, es un libro siempre abierto á sus miradas, pero libro en el que ha aprendido á ser estoico.

Eterno testigo de la escena amorosa ó del asesinato alevoso, ya éstos no le impresionan, y acude á ellos con la pesada indolencia del que dormita.

Cuando el amante protegido por las sombras, acude á la cita nocturna, él presencia el adiós apasionado y oye el estallido del sonoro beso, sin que su alma participe de aquella voluptuosidad.

Ha presenciado esa escena tantas veces, que ya la ve impasible, con sonrisa burlona; pues sabe llegará una noche en que el galán enamorado no volverá.

La ramera descocada que acecha desde la esquina al transeúnte; el beodo empedernido que se retira de la taberna dando traspies y pronunciando frases incoherentes; el jugador malhumorado, que con voz ronca le manda abrir la puerta; el señorito trasnochador que regresa, pálido y ojoso, de las casas *non sanctas*, esos hijos de la sombra que las buscan con cariño, porque ellas ocultan sus vicios y sus pasiones; son los antiguos conocidos del sereno, los que todas las noches interrumpen su monótono pasear.

Y él los ve llegar mudo, indiferente, sin compadecerlos en sus penas ni participar de sus alegrías. En cambio, ellos ven en él algo así como una esperanza que ha de franquearle la puerta del hogar cerrado, donde los seres queridos duermen el sueño feliz de las conciencias tranquilas.



M. SE FORMOSA FILIA JER'
 RNAOLA CEDA, SIGOT PELES SALOM
 (CANT. 1.4)

NUEVA BASÍLICA DE NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA
 (Proyecto de D. Fernando Arbós, elegido por la Reina Regente á propuesta del Jurado.)

FOTOGRAFÍA DIRECTA DE J. LAURENT Y C.^ª

Si los serenos escribiesen sus memorias, ¡cuántos misterios podrían descubrir! ¡Cuántas nocturnas amenidades contaría ese capotón negro del que pende un foco de luz variable!

Y si ese farolillo hablase, nos diría que con su débil lucecita lo ilumina todo: lo mismo el semblante descompuesto del vicioso, que la faz sonreída del amante; lo mismo el primer copo de nieve que cae en las noches de invierno, que la primera mancha de sangre del hombre muerto en medio de la calle por traidora puñalada.

Ese farolillo parece el ojo de un titán que parpadea en la sombra; todo lo ve, todo lo ilumina: oscila de un lado para otro, penetra en los portales, baja á las alcantarillas, sube á las ventanas, ó se desliza rápido y silencioso por las aceras de la calle.

Con ser tan pequeño, vence al ejército de sombras que le rodea. Los malhechores huyen de su luz como de un enemigo temible; pero él los persigue con la tenacidad con que perseguía á Caín el ojo de la conciencia de que habla Víctor Hugo.

Una noche, la mano que le guía lo abandona en el quicio de una puerta: es que el sereno se ha puesto malo, y hay que trasladarlo al hospital. Pero no por eso el activo farolillo descansa. Otro capote negro se le acerca, lo recoge y vuelve á emprender su luminosa peregrinación por sombrías callejuelas y solitarios portales.

Es una estrella sujeta á la mano de un hombre que no puede dejar de difundir su luz por el nocturno panorama de la ciudad.

Una noche me decía, con su acento galaico, el sereno de mi calle:

—¡Ay, señorito! este oficio es el más *perro* del mundo. Si no fuera porque tengo mujer é hijos á quienes mantener, arrojaba el farol y el chuzo á la alcantarilla.

Y tenía razón el pobre gallego.

En estas noches de invierno, en que no transita nadie por las calles, debe de ser muy triste para el sereno no oír más ruido que el monótono eco de sus propias pisadas.

Cuando lo veo atravesar la calle, me parece un alma en pena vagando por un cementerio adormido.

El, que nació en un hermoso día de sol, allá, en un rincón de la poética Galicia, se ve condenado, por caprichoso contraste del destino, á vivir en la sombra, identificándose de tal modo con ella, que, más que ser humano, parece un engendro de la noche.

Ella es su amiga protectora, la que le da pan para sus hijos. La claridad del día es su enemiga. Por eso, cuando ésta asoma por Oriente engalanando el cielo con sus rojos matices y despertando á los hombres á la actividad y al trabajo, el sereno recoge su chuzo, apaga el farolillo y se retira á su bohordilla.

Como el buho, vive en la oscuridad y huye á los primeros rayos del sol.

MARIANO ABRIL.

MONÓLOGO DE UNA VELETA

Y bien; yo era un pedazo de latón, un humilde pedazo de latón del que un hombre vulgar hizo con sus tijeras una gentil saeta, símbolo del poder.

De la misma hoja de que yo salí saeta salieron latas para conservas, jarros para el agua, marmitas, pucheros y.... ¡qué se yo cuántos utensilios más!

Este complicado árbol genealógico prueba que todos los objetos de latón tienen un mismo origen: el latón; aunque no tengan el mismo destino.

Después de que me hubo perfilado á su gusto, mi hombre me dió la mano, me condujo tramo á tramo por una estrecha y tortuosa escalera á lo alto de una torre, y, una vez allí, me enhebró en una larga varilla de hierro y me elevó hasta las nubes.

Al verme en aquellas alturas, perdí la cabeza; todo me pareció pequeño: los hombres, los edificios, la ciudad, hasta la misma tierra.

Yo me levantaba sobre unos y otros, nada había por encima de mí; á mis pies se arrastraba un pueblo, y allá, á lo lejos, el horizonte se inclinaba como haciéndome una reverencia.

Esto despertó en mí el orgullo, y me hinché de vanidad y de soberbia.

El viento y yo éramos íntimos é inseparables amigos; siempre alegre y juguetón, trataba de buscarte las vueltas; pero, cuando él venía por el Norte.... ri.... ri.... ri...., yo volvía al Sur la espalda.

Si de allí á poco cambiaba de dirección y, queriendo sorprenderme, soplabá por el Oeste.... ri.... ri.... ri...., yo me volvía hacia el Este burlándome de su torpeza y ri.... ri.... ri...., riéndome de su despecho.

Cierto día amaneció nublado.

A la hora de tocar á misa, el monaguillo y el sacristán subieron á la torre.

—Hoy va á llover de firme, dijo el sacristán.

—¿En qué lo conoce Ud.? le preguntó el muchacho.

—¿En qué lo he de conocer!.... ¡en la veleta!

Al oír mi nombre, presté atención á lo que hablaban, y, entonces, supe que yo *servía* para indicar la dirección del viento, y por tanto la de las nubes.

Aquello me llenó de ira.

¡Cómo! ¡Yo! ¡El ser más elevado de todos *servía* para tan ruin oficio!

¡Yo, que tenía por pedestal la tierra y por corona los innumerables astros del firmamento, era juguete del aire!.... ¡yo *servía* para anunciar la lluvia!.... ¡qué vergüenza!

¡Yo, que cifraba mi orgullo y mi grandeza en no servir á nadie ni para cosa alguna!

Colérica, rabiosa, ri.... ri.... ri...., me revolví de Este á Oeste y de Norte á Sur sin detenerme un punto.

Me cegó tanto la vanidad, que me olvidé de mi humilde origen, de mi árbol genealógico, de las tijeras que me hicieron y del hombre que me había elevado; era veleta, y me creí un dios.

—Ri.... ri.... ri.... ¡Ahora veréis lo que es bueno! Señalaré buen tiempo cuando llueva y haya tempestad; cuando el viento esté en calma correré como una loca, y siempre que el aire se desencadene como una furia, permaneceré inmóvil como una muerta; ri.... ri.... ri....

Enseguida me encaré con el viento y le dije:

—Oye, tú; basta de bromas y ocupe cada cual el puesto que le corresponde. Por ahí abajo aseguran que eres mi señor y dueño, que me riges á tu antojo y haces de mí lo que te da la gana; bien sabes tú que eso no es verdad, que en todas las ocasiones te he salido al encuentro, moviéndome por mí misma y burlándome de tus iras lo mismo que de tus halagos. Yo soy superior á ti, porque jamás descendo de mi altura, en tanto que tú te arrastras por la tierra, te tratas con todo el mundo y andas en labios de gentes de poco más ó menos.

Y, dicho esto, ri.... ri.... ri.... ri...., dí mi última vuelta, me afiancé en la varilla de hierro, que las lluvias y el sol habían oxidado, y me detuve en seco.

El viento, que en un principio pasaba susurrando, acabó por golpearme brutalmente.

Yo me mantuve rígida; pero, cuanto mayor era la resistencia que oponía, más violento era el ataque; hubo un instante en que la torre osciló, las campanas sonaron por sí mismas, crujieron hierros, piedras y maderos; entonces, la varilla en que yo estaba enhebrada se rompió, y, dando tumbos, vine á estrellarme en el suelo.

Allí pasé la noche, pisoteada por todos; y hasta el día siguiente, que me ví en el carro de la basura ahogada entre inmundicias, no perdí mis ilusiones y esperanzas.

¡Qué queréis!

No soy la única veleta que se ha estrellado por no seguir la corriente.

P. P. GIL.

NOCHE DE BODAS

I

Los padres de los novios decidieron, el día que los novios se casaron, dar un regío banquete, al que asistieron todos los personajes que invitaron.

Pretendiendo que, loca de alegría, la gente, que con nada se extasia, dijese, al recordar fiesta tan bella:

«¡Qué noche aquella la de aquel gran día! ¡Qué día aquel, el de la noche aquella!»

Y la casa se echó por la ventana, y hubo baile, y festín, y otras mil cosas, ¡luciendo su belleza soberana un grupo de mujeres más hermosas que los rayos de luz de la mañana!

¡Qué cotillón aquél! Aun me parece que se alegra la vista contemplando el cuadro seductor que se la ofrece: ¡aquel coro de ángeles bailando!

Revueltas en confuso torbellino, cual si unas á otras fueran persiguiendo, como aves amorosas, que el camino cruzan de dos en dos, yendo y viniendo, cien parejas giraban con locura poseídas de un vértigo espantoso, ¡saciándose de amor y de ventura en las notas de un vals voluptuoso!

¡Qué cotillón aquél! Luces radiantes, joyas, sedas, encajes, blondas, tules, senos desnudos, bocas incitantes, ojos negros, ardientes y brillantes, y ojos, también como la mar, azules....

Mas todo concluyó... Ya va la gente por los amplios salones desfilando; felicita á los novios cordialmente, y, más tarde, se aleja.... ¡murmurando!

No hay duda que darán cien dulces nombres, á aquella boda seductora y bella, y que—«¡Quién fuera él!»—dirán los hombres. Y las mujeres:—«¡Ay quien fuera ella!».

II

La casta virgen con placer avanza hacia el nido de amor que anhela tanto; tiene en él colocada su esperanza y cifrado también su único encanto.

¡Casarse....! ¿Qué es para ella? ¡Poca cosa! El matrimonio que forjó en sus sueños consiste en ser amada, ser dichosa.... ¡y encargar á París niños pequeños!

El ya tuvo otro sueño diferente: muchas veces pensó en aquel instante, y una frase buscó, grandilocuente, ¡que nunca expresaría lo bastante aquel ansia de amar eternamente!

Y al pensar que la carne perfumada, gemiría, al crujir entre sus brazos, palpitando al hallarse aprisionada, ¡subía hasta su frente una oleada de caricias, de besos y de abrazos!....

III

Ya están unidos con eterno nudo....

Y arriba, en las esferas celestiales, Dios le dice á un chiquillo mofletudo, que anda en cueros por falta de pañales:

—Hijo mío: te esperan en la Corte; cuando llegues, tendrás la puerta abierta.... Si la encuentras cerrada, no te importe: ¡tú llora fuerte.... que abrirán la puerta!

JOSÉ JUAN CADENAS

Madrid, Diciembre, 29, 91.

CÓMO SE HIZO LA DESCOMPOSICIÓN DEL AIRE

El descubrimiento de los elementos componentes del aire se debe al eminente químico Lavoissier, al cual los revolucionarios franceses del 93 condenaron y ejecutaron en la guillotina.

Oigamos los detalles que el desgraciado sabio da de sus maravillosos estudios:

«Nuestra atmósfera, dice, debe de estar formada por la reunión de todas las sustancias susceptibles de permanecer en estado gaseoso á la temperatura y á la presión que ordinariamente tenemos.

«Estos fluidos forman una masa de naturaleza casi homogénea desde la superficie de la tierra hasta la mayor altura á que ha podido llegarse, y cuya densidad disminuye en razón inversa del peso á que está sometida; pero es posible que esta primera capa esté á su vez recubierta de otra ó otras de diferente naturaleza.

«¿Cuál es el número y cuál la naturaleza de los fluidos elásticos que componen esta capa inferior en que habitamos?

«Lavoissier, después de consignar que para el estudio de los cuerpos es preciso emplear los dos métodos, analítico y sintético, describe del modo siguiente su célebre experimento del primer análisis del aire:

«Tomé un matraz de treinta y seis pulgadas cúbicas de capacidad próximamente, con un cuello muy largo de seis á siete líneas de diámetro interior; le encorvé para que pudiera colocarse en un hornillo, desembocando el cuello bajo una campana colocada en el baño de azogue.

«Puse dentro del matraz cuatro onzas de azogue muy puro, y después, chupando con un sifón que introduje en la campana, hice que el azogue se elevase en ella hasta cierto punto, marcando cuidadosamente esta altura con una tira de papel engomado, y observé exactamente el barómetro y el termómetro.

«Preparadas las cosas de este modo, encendí fuego en el hornillo, alimentándole casi constantemente durante doce días, de suerte que el azogue se calentase hasta el grado necesario para romper á hervir.

«Durante el primer día no ocurrió cosa alguna digna de notarse; el azogue, aunque no hervía, se hallaba en un estado continuo de evaporación y tapizaba el interior de los vasos de gotitas muy pequeñas al principio, y que después iban aumentando hasta adquirir cierto volumen, en cuyo caso caían por sí mismas al fondo y se reunían al resto del líquido.

«Desde el segundo día empecé á ver flotar en la superficie de dicho líquido algunas partículas rojas, que durante cuatro ó cinco días crecieron en número y en volumen, quedando al cabo de este tiempo sin aumentar más y absolutamente en el mismo estado.

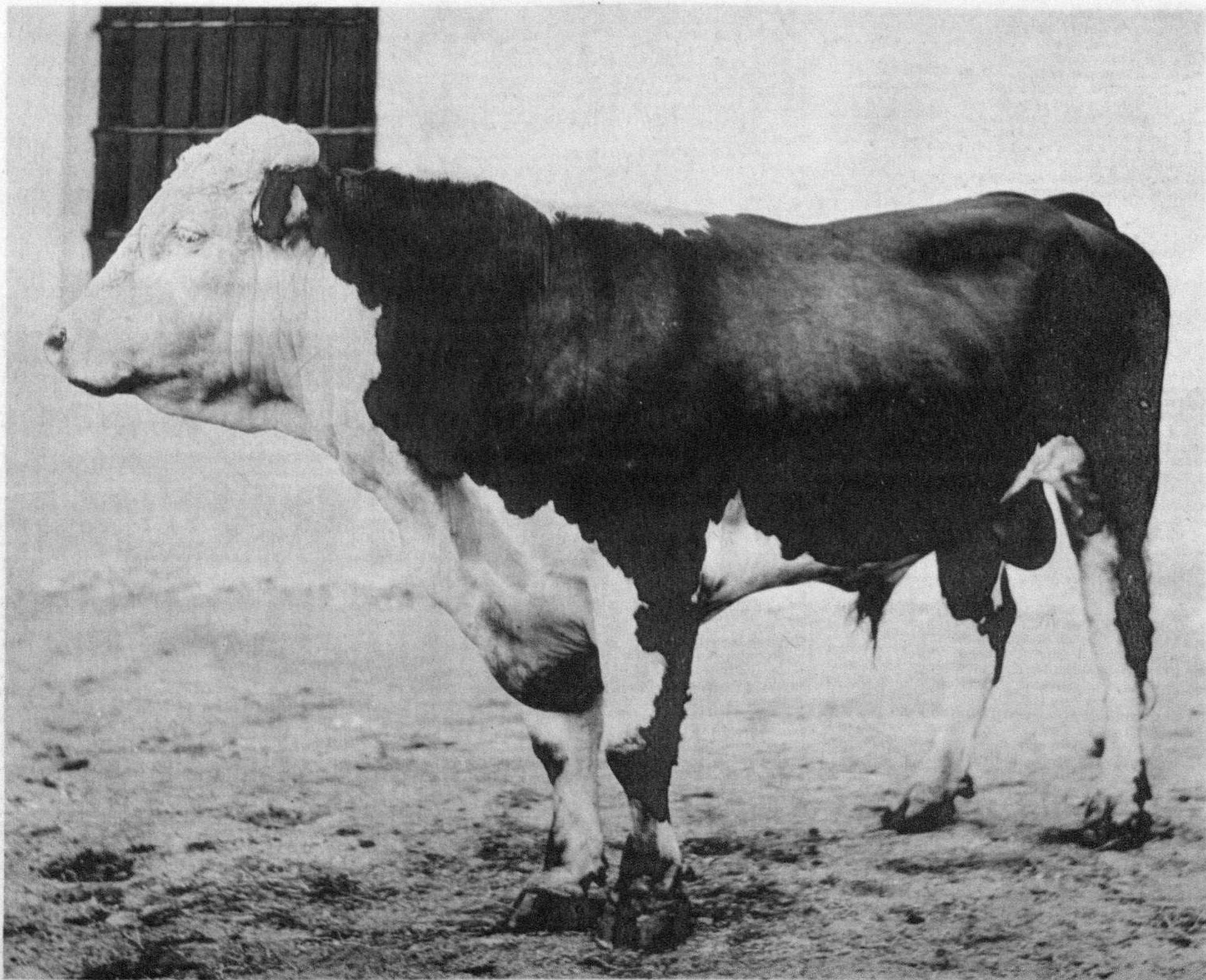
«Pasados doce días, y viendo que la calcinación de azogue no hacía ningún progreso, apagué el fuego y dejé que se enfriaran los vasos.



Cala lo pintó.

VISTA DE TANGER

FOT. DE J. LAURENT Y C.^a



FOTOGRAFÍA DEL NATURAL POR J. LAURENT Y C.^a

«PIPINGTON», TORETE INGLÉS, DEL INSTITUTO AGRÍCOLA DE ALFONSO XII

«El volumen de aire que antes de la operación había en el matraz, en su cuello y en la parte superior de la campana, era próximamente de *cincuenta* pulgadas cúbicas: cuando termino la evaporación, este mismo volumen, bajo iguales condiciones de presión y de temperatura, no ascendía más que a *cuarenta y dos* ó a *cuarenta y tres* pulgadas; había habido por tanto una disminución próximamente de un sexto.

«Por otra parte, habiendo reunido cuidadosamente las partículas rojas que se habían formado, y después de separar el azogue metálico de que estaban bañadas, encontré que su peso era de *cuarenta y cinco* granos.

«El aire que quedaba después de la operación, cuyo volumen se había reducido á los *cincos sextos* por la calcinación del azogue, no era ya propio ni para la respiración ni para la combustión, porque los animales que se introducían en el perecían á los pocos instantes y las luces se apagaban inmediatamente como si se hubieran introducido en agua.

«Luego tomé los *cuarenta y cinco* granos de sustancia roja que se habían formado durante la operación, los introduje en una retorta de vidrio muy pequeña, á la cual adapté un aparato apropiado para recibir los líquidos y gases que pudieran desprenderse.

«Encendi fuego en el hornillo y observé que, á medida que la sustancia roja se calentaba, su color se hacía más intenso.

«Después, cuando la retorta estaba casi incandescente, la sustancia empezó á disminuir de volumen y en pocos minutos desapareció por completo, condensándose al mismo tiempo en el recipiente *cuarenta y uno y medio* granos de azogue metálico, y pasando á la campana de *siete á ocho* pulgadas cúbicas de un gas mucho más á propósito que el aire atmosférico para mantener la combustión y la respiración de los animales.

«Hice pasar un poco de este gas á un tubo de vidrio, de *una* pulgada de diámetro, y pude observar que, una bujía introducida en él, ardía con un brillo deslumbrador; el carbón, en vez de arder tranquilamente como en el aire ordinario, se quemaba con llama y decrepitación, de un modo parecido á aquel con que arde el fósforo, y con una luz tan viva que apenas la podía soportar la vista.

«A este aire, que hemos descubierto casi al mismo tiempo Mr. Priestley, Mr. Schéele y yo, se le ha dado por el primero el nombre de *aire desfogistificado*, y por el segundo de *aire empíreo*.

«Yo le había dado, primero, el nombre de *aire eminentemente respirable*; después, he sustituido este nombre con el de *aire vital*.

«Reflexionando sobre este experimento, se ve que el azogue, al calcinarse, absorbe la parte soluble y respirable del aire, ó, para hablar con más exactitud, la base de esta parte respirable, y que la porción de aire que queda es una especie de tufa incapaz de mantener la combustión y la respiración; el aire se compone, pues, de dos gases diferentes y, por decirlo así, de naturaleza opuesta.

«La mejor prueba de esta importante verdad es que, volviendo á combinar los dos fluidos elásticos obtenidos separadamente, es decir, las *cuarenta y dos* pulgadas cúbicas de tufa ó de aire no respirable y las *siete ó ocho* pulgadas cúbicas de aire respirable, se vuelve á formar aire semejante por completo al de la atmósfera, y que es propio del mismo modo y en el mismo grado que él, para la combustión, para la calcinación de los metales y para la respiración animal».

Entrando luego en las denominaciones que han de darse á las sustancias descubiertas, concluye Lavoissier:

«Estando la temperatura del planeta que habitamos muy próxima á aquella en que el agua pasa del estado líquido al sólido y recíprocamente, y verificándose con mucha frecuencia á nuestra vista este fenómeno, es natural que en todos los idiomas, al menos en los climas en que existe el invierno, se flaya dado un nombre al agua solidificada por falta de calor.

«No hemos creído que tuviéramos facultad para variar nombres admitidos y consagrados por el uso; hemos dado, pues, á los nombres *agua y hielo* su acepción vulgar, y hemos designado con la palabra *aire* la colección de fluidos elásticos que componen nuestra atmósfera.

«En cuanto á las palabras nuevas, las hemos tomado principalmente del griego, procurando que su etimología recordase la idea de las cosas que nos proponíamos indicar; sobre todo hemos tratado de no admitir más que palabras cortas y susceptibles en lo que cabe de formar adjetivos y verbos.

«Según esta regla, hemos conservado el nombre de *gas*, empleado por Van-Helmont, y hemos comprendido en esta palabra la numerosa clase de los fluidos elásticos aeriformes.

«El aire de la atmósfera se compone principalmente de dos fluidos aeriformes ó gases: uno de ellos respirable, susceptible de mantener la vida animal, y en el que pueden calcinarse los metales y arder los cuerpos combustibles; el otro, que tiene propiedades completamente opuestas, irrespirable para los animales, que no puede mantener la combustión ni calcinar metal alguno.

«A la base de la porción respirable del aire la hemos dado el nombre de *oxígeno*, compuesto de dos palabras griegas que, traducidas literalmente, significan *yo engendro*; porque, en efecto, una de las propiedades más generales de esta base es formar ácidos combinándose con la mayor parte de las sustancias.

«Llamaremos, pues, *oxígeno* á la reunión de esta base con el calórico; su peso en este estado es precisamente de *medio grano* (peso del marco) por pulgada cúbica ó de *onza y media* por pie cúbico; todo á *diez* grados de temperatura y á *veintiocho* pulgadas del barómetro.

«No estando aun bien determinadas las propiedades de la parte no respirable del aire de la atmósfera, nos hemos contentado con deducir el nombre de su base de la propiedad que tiene este gas de privar de la vida á los animales que lo respiran, y así le hemos llamado *azot*, voz compuesta de dos griegas, que quieren decir *sin vida* (1); por tanto, la parte del aire no respirable será el gas azótico.

LAVOISSIER.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

El General Dabán.—En la mañana del 22 del corriente murió en Madrid el bravo y pundonoroso teniente general del ejército español D. Luis Dabán y Ramírez de Arellano.

Era joven, pues sólo contaba cincuenta años; se distinguió en las guerras civiles de Cuba y carlista, á las órdenes del general Martínez Campos, á quien secundó en Sagunto en el movimiento de la Restauración.

Desempeñó altos cargos militares, entre ellos el de capitán general de Puerto Rico, era Senador del reino, y tenía las grandes cruces de San Hermenegildo y Mérito Militar rojo.

En la actualidad ocupaba la Inspección general de la Guardia civil.

El cliché fotográfico que del general Dabán publicamos en la segunda página de este número, es debido al celebrado fotógrafo D. Fernando Debas.

Además de otras distinciones, había merecido la de ser nombrado Presidente del *Círculo Militar* y del *Casino de Madrid*.

La Junta directiva del Centro del Ejército y de la Armada ha hecho solemne manifestación de duelo á su digno Presidente, acudiendo á su entierro en masa, de uniforme, con los señores socios, dedicándole una magnífica corona y cubriendo con negras voladuras los balcones del edificio de dicho Centro.

Presidieron los funerales del ilustre finado los señores Ministro de la Guerra, Martínez Campos, Duque de Béjar, jefes de la Guardia civil y representantes de la familia.

Marchaba á la cabeza un piquete de la Guardia civil, siguiendo el clero con cruz alzada, los caballos que montaba el general y la cofretería conduciendo el féretro. Llevaban las cintas los Sres. Primo de Rivera, O'Ryan, Marques de la Habana y Pavia.

Cerraban la comitiva fuerzas de la Guardia civil, llegadas con tal objeto de diferentes puntos, y dos carruajes conduciendo coronas.

La música del regimiento de Zaragoza ejecutó diferentes marchas fúnebres durante el entierro, que se llevó á cabo en el cementerio de San Justo.

Proyecto de la nueva iglesia de Nuestra Señora de Atocha.—Creemos que nuestros lectores verán con gusto la reproducción fotográfica del proyectado templo de Atocha, que ha de reemplazar al actual, ya ruinoso y de escasas condiciones para el culto.

Este último se construyó, por Breve del Pontífice Adriano VI, á principios del siglo XVI, en el emplazamiento del antiguo santuario; las obras terminaron en el siglo siguiente, y desde remotos tiempos nuestros Reyes han tenido gran predilección por el culto de la santa imagen que allí se venera.

Con objeto de perpetuar esta tradición piadosa, la Real Casa ha acordado la reconstrucción de la Basílica, por concurso público.

El nuevo proyecto que hoy publicamos se debe al inteligente y reputado arquitecto D. Fernando Arbo, y, como puede apreciarse en su conjunto, el templo resulta con la majestuosa grandiosidad que requiere el fin á que se consagra.

El templo tiene tres entradas distintas: una para los Reyes, AA. RR. y Corte; otra para las comisiones oficiales, y la tercera para el resto de los fieles, aunque en los actos de gran solemnidad unos y otros penetren por la misma puerta principal.

Utilizando el alisamiento de la manzana, habrá de hacerse una espaciosa galería, que, partiendo del paseo de la Reina Cristina, llegue hasta la calle paralela á ésta.

La casa rectoral, situada por la calle del Pacífico, tiene acceso directo á la sacristía y al presbiterio; enfrente se sitúan hermosos jardines que alegren y embellezcan aquellos lugares; y la parte posterior de la manzana, que se halla menos en contacto con el tránsito público, se destina á lugar de enterramientos; la forma de este local es la de una galería, con patio central, rodeada al exterior por plantaciones.

La vista general del templo, á cierta distancia, aparece como situado al final de un paseo recto, y, dada la curva que forma el eje del paseo de Atocha, el edificio produce un gran efecto estético y armónico.

Haciendo de estar decoradas todas las fachadas de la Basílica de un modo análogo, todas tienen la misma importancia decorativa; como por la disposición de la nave, cúpula central, góndolas y campanil, ninguno de estos elementos queda oculto uno por otro en la visión sesgada, y vista de frente la nave

tapa gran parte de la cúpula, y ésta el campanil, la fachada resulta de mayor interés contemplada de costado, sucediendo con este edificio una cosa semejante á lo que ocurre con el efecto estético producido por las estatuas ecuestres, que en la visión sesgada componen mejor conjunto que consideradas de frente.

Para llegar á estos resultados, el Sr. Arbo ha tenido que vencer grandes dificultades, que antes no existían por hallarse la Iglesia en despojado y no entre múltiples calles como en la actualidad sucede.

Juzguen si no nuestros lectores por la adjunta fototipia, y admirarán de seguro la artística disposición del edificio que, á los ojos y á la mente, recuerda las grandes construcciones religiosas de la edad media.

Vista de Tánger.—Hoy, que la atención de Europa está fija en Marruecos con motivo de los tumultuosos sucesos que allí se vienen desarrollando, juzgamos de gran oportunidad la publicación de la vista general de Tánger, donde los súbditos del Sultan han promovido con su actitud de protesta al Bajá de dicha ciudad, un conflicto que pudiera traer graves consecuencias.

En efecto, la *capital diplomática del imperio*, como se denomina á Tánger por ser la residencia de los representantes de las naciones europeas, ha sido teatro de un acto hostil contra la autoridad de su Gobernador, á quien al fin han logrado destituir, sin que por esto se haya restablecido la tranquilidad, há largo tiempo perturbada.

En previsión de lo que pueda ocurrir, las grandes potencias han mandado á las aguas de Tánger sus grandes acorazados, en la apariencia para proteger á sus respectivos súbditos, pero en realidad amenazando con una intervención armada si por la vía diplomática no fuera bastante.

Inglaterra, que tiene interés en poseer un puerto en la costa de África, que con Gibraltar sea la puerta que le dé el dominio del Estrecho, parece resuelta á utilizar las circunstancias en su provecho, y así lo hiciera si Francia por otra parte no tratara de impedirlo, pues tal acontecimiento redundaría en perjuicio de sus posesiones del África oriental, y de ulteriores y más vastos proyectos colonizadores.

En cuanto á España, ocioso nos parece indicar lo mucho que tiene que perder en esta cuestión si se resolviese á favor de cualquiera de aquellas dos nacionalidades, siendo para nosotros preferible que la situación política del Imperio marroquí siga como estaba desde antes de iniciarse estos últimos acontecimientos, que no dejan de ser muy peligrosos para la paz y buena armonía de las relaciones internacionales de ambos continentes.

«Pipington», torero inglés.—El que representa nuestra fototipia es el de un ejemplar existente en la Escuela de Agricultura de la Moncloa, en esta corte.

Es un toro semental que por su estampa, complexión y sangre, ha sido destinado para multiplicar y perpetuar su raza, de raras y excelentes condiciones para los trabajos agrícolas y cuantos otros se relacionan con la vida urbana y del campo.

El tipo es hermoso por su figura, y de gran valor por su constitución orgánica y por sus vigorosas y excepcionales fuerzas de arrastre; semejante modelo honra á la dirección técnica de la Escuela de Agricultura, por su celo y acertada elección en cuanto se relaciona con su importante instituto.

CICERONE.

TEATROS

El segundo concierto instrumental verificado el pasado domingo, fué brillantísimo y mejor si cabe que el primero.

La *ouverture de Saul*, de Bizet, que figuraba como primer número en el programa y se interpretaba por primera vez ante nuestro público, gustó, sí, pero no llegó á entusiasmar.

El *cuadro de una noche de verano* (*scherso*), de Mendelssohn, y *La Walkiria* (*Cobalgata*), de Wagner, fueron repetidos en medio de atronadores aplausos.

En la segunda parte figuraba la quinta sinfonía de Beethoven, que fué magistralmente interpretada por los distinguidos profesores que dirige el maestro Mancinelli, repitiéndose el *allegro* y el *scherso*, que resultaron de una brillantez y delicadeza incomparables.

El número saliente del programa fué, sin duda alguna, la *suite de orquesta* para el drama de Ibsen, *Peer Gint*, célebre composición del maestro Grieg, que ya en la temporada pasada nos había dado á conocer Mancinelli.

La *Danza de Anitra* fué escuchada dos veces por el público, que premió con aplausos la brillante ejecución que obtuvo.

Y de propósito he dejado para el final el segundo número nuevo que figuraba en el programa. Me refiero á la tarantela de Liszt, *Venezia e Napoli*. No es una composición que entusiasme ni mucho menos; pero, sin embargo, en la primera y última parte, sobre todo, se revela siempre el genio del autor de la *Rapsodia*.

Y vean ustedes lo que son las cosas: un señor llamado Azul, que es lo mismo que no llamarse nada, dice, al hablar de esta tarantela, y después de dar un palo á Liszt, que la *Rapsodia* es un solemne disparate y no sé cuántas cosas más.

Lo que diría Liszt: «sea Ud. genio, pasee Ud. por todo el mundo una obra que en todas partes y siempre entusiasma, y al llegar á España tropieza Ud. con un Sr. Azul que le pone de oro y su apellido.»

[El demonio son algunos críticos!]

J. J. C.

MANUEL MINUEBA DE LOS RÍOS, IMPRESOR

Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

(1) En la actualidad se le denomina nitrógeno.